



Enrique Gómez Medina

flor de INVIERNO

Piedras Verdes II

Los Cuatro Reinos



Prólogo

Llevaba persiguiéndolo toda la noche. El esquivo ciervo había estado a punto de burlarle en un par de ocasiones. Pero él sabía seguir un rastro, incluso en la oscuridad. No en vano se había convertido en una leyenda entre los furtivos de la región. Todos los forestales de la zona iban tras su pista, pero ninguno sería capaz de atraparlo. Era demasiado listo. Y ahora allí estaba su presa, un soberbio ejemplar de ciervo, todo para él. Quieto como una estatua mientras bebía en el río. El blanco perfecto.

En completo silencio, apoyó el arma en su hombro y retiró el seguro. Apuntó con cuidado, dejó de respirar y suavemente fue aumentando la presión sobre el gatillo.

De pronto algo salió del agua.

Una silueta verdosa se abalanzó sobre el ciervo y lo degolló de un mordisco. El pobre animal no tuvo tiempo ni de asustarse. Con una violencia salvaje, fue devorado ante los ojos del cazador. Este no podía apartar la vista del extraño atacante: su rostro y sus fauces eran como los de un reptil, una especie de lagarto o un cocodrilo de hocico corto. Pero era enorme y ¡caminaba erguido!

Entonces llegó el pánico.

Aquel monstruo le estaba mirando.

Sus ojos de serpiente refulgieron en la oscuridad. El cazador, lleno de espanto, apuntó su arma y disparó. Pero el lagarto fue más rápido. Con una velocidad cegadora, esquivó la bala y se zambulló de nuevo en el Saltogrís.

El furtivo se dio la vuelta y corrió bosque adentro, alejándose del río lo más que sus piernas le permitieron. Cuando no tuvo más aliento y su corazón amenazó con salirsele del pecho, se detuvo y observó su escopeta. Faltaba un cartucho.

Así que no había sido un sueño.

Capítulo 1

Guillermo estaba impaciente, no cesaba de levantarse de su asiento.

—¡Para ya! —dijo Gemma— No vas a hacer correr más a este tren por ponerte a empujar las paredes.

—¡Si es que hay más estaciones que pasajeros! Así no vamos a llegar nunca.

Hablaban en voz baja. Había más gente en su compartimiento. En concreto, una abuelita que tan pronto dormitaba con la boca abierta como les llenaba los oídos con lo rico que era su nieto Claudio, que tenía dos años y no paraba de decir “tata, tata”, refiriéndose a ella, claro, y no a las patatas, como insinuaba su nuera. Aunque sí era cierto que le gustaban las patatas. Una bolsa entera de patatas fritas era capaz de comerse. Es que era como su hijo, un hombre fuerte y robusto. Llegaría a pesar cien kilos como él. Ojalá fuese un poco más alto, porque su Angelín se había quedado en metro cincuenta y cinco. Pero es que la alimentación en su época no era tan buena, ahora los niños comían unos tarritos que les hacían crecer medio palmo al día. O eso, o que su Claudio iba para jugador de baloncesto.

En ese punto había dejado la abuela el relato, cuando de pronto se le desplomó la cabeza y comenzó a roncar sonoramente.

Así pues, los chicos ponían mucho cuidado en no despertarla. Lo siguiente sería contarles lo bien que Claudio hacía caca o se sonaba los mocos.

Gracias a la señora o a pesar de ella, lo cierto es que el viaje se estaba haciendo eterno. Se dirigían de nuevo a Piedras Verdes, el pueblo donde vivía su abuela Elisa y donde tan formidables aventuras habían corrido el verano anterior. Guillermo habría querido regresar antes, pero la distancia era demasiado larga para un solo fin de semana, así es que habían tenido que esperar a que les dieran las vacaciones de Navidad en el colegio. Sus padres se despidieron de ellos rumbo a un nuevo congreso científico, con el corazón encogido por dejarles solos en unas fechas tan señaladas. La abuela, por teléfono, no dejó de reprochárselo, y también el que su hija no fuera a visitarla a ella: “¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos tú y yo? ¡Años!”. A Guillermo, que escuchaba la conversación detrás de la puerta, le pareció que la abuela dudaba. Pero al final la escuchó decir: “Sí, es lo mejor”. Y allí estaban. Con la maleta preparada desde varios días antes, tomaron el primer tren que partía hacia Piedras Verdes.

Por las cartas de Susana, sabían que tanto ella como el Viejo Castor, Abhad y Sevso habían continuado investigando sin descanso. Intentaban localizar a más miembros de la Corona Roja, incluido el Rey Rojo. Y, lo que era más importante para Abhad y Sevso, una

nueva puerta para volver a su mundo. Pero hasta el momento no habían tenido éxito.

También mantenían correspondencia con Jorge, su otro compañero de aventuras, y que les había salvado de más de un aprieto con sus geniales ideas. Jorge se dirigía también hacia Piedras Verdes desde la ciudad donde vivía. Llegarían casi a la vez.

—No sé, Gemma. Si en tres meses nuestros amigos no han conseguido nada ¿cómo vamos a hacer nosotros algo en quince días?

—Pues porque somos más listos. Y si no logramos nada, por lo menos habremos pasado unas vacaciones divertidas. Lástima que ya no esté la biblioteca, para ir a leer algún tebeo.

La biblioteca de Piedras Verdes era el lugar que escondía la puerta por la que llegaron al mundo de Abhad y Sevso. Fue destruida por los miembros de la Corona Roja cuando atraparon a su cabecilla.

—Sí, es una lástima —coincidió Guillermo, aunque él estaba pensando más bien en los mûrkaghs con los que se enfrentaron allí.

Se abrió la puerta del compartimiento. Antes de que los chicos lo hicieran (le habían preguntado cada vez que había pasado por allí) el revisor les habló.

—Preparaos, la siguiente estación es Piedras Verdes. Llegaremos en menos de diez minutos.

—¡Bien, muchas gracias! —agradeció Gemma— ¿Estará esperándonos Susana?

Guillermo sintió una extraña sensación de vacío en el estómago. Extraña, pero placentera. Desde que se fueron de Piedras Verdes el verano anterior, le ocurría cada vez con más frecuencia. Sobre todo, cuando recibían carta de Susana. O cuando por la noche pensaba en ella al timón de su barco, o sentada junto a él en la cueva, o...

—No lo sé, es un poco tarde.

En realidad no eran aún las siete, pero ya era noche cerrada. Qué diferencia con los interminables días de verano.

—¡Ese es, ese es! —exclamó Gemma señalando las luces apiñadas de un pueblo— ¡Corre, Guillermo, baja las maletas!

Guillermo se apresuró a coger dos grandes maletas del transportín. Otra diferencia con el verano era la cantidad de ropa que había que llevar. Qué rollo.

—¡Oh! —Guillermo había rozado a la señora al bajar la última maleta.

—¡Uy, me he debido quedar traspuesta! —dijo la anciana, incorporándose como si hubiera interrumpido la conversación apenas unos segundos antes.

—Sí, un poco.

—Pues lo que os decía. Que ya veréis lo contento que se pone mi Claudio en cuanto me vea. Espero que ya

esté bien, me dijo mi nuera que andaba un poco resfriado. Claro, le dejarán por el suelo con el frío que hace... Pero bueno, como ya sabe sonarse los mocos como un niño mayor, no hay peligro de que se le bajen al pecho. Parece mentira, con lo pequeño que es. Los demás que conozco no hacen más que comérselos...

—Señora, nos vamos, esta es nuestra estación — interrumpió Gemma.

—Ha sido un placer conocerla —mintió Guillermo.

—Ay, yo también me alegro mucho. La verdad es que es difícil encontrar chicos como vosotros que la escuchen a una.

—No entiendo por qué —dijo Gemma arrastrando su maleta fuera del compartimiento.

Intercambiaron una mirada de alivio cuando se encontraron los dos de pie, delante de la puerta de salida y lejos del alcance de la anciana.

El tren empezó a reducir su velocidad hasta que por fin, en medio de terribles chirridos y escapes de gas, se detuvo.

—¡Abre, Guillermo!

—Voy, voy —dijo, accionando la palanqueta. Nunca sabía exactamente cómo funcionaba—. Ahora.

La puerta se abrió. Miraron ansiosos al andén. No había nadie. Gemma bajó de un salto. Guillermo le pasó su maleta y bajó con la suya a cuestas.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Gemma.

De pronto, un fuerte silbido les hizo volver la cabeza. Desde la cafetería de la estación, Susana les hacía señas. A Guillermo se le iluminó la cara. Como un farolillo rojo. Se apresuraron hacia allí.

—Nos acaban de servir un chocolate caliente —les dijo la chica cuando entraron— ¡Pasad, hace frío!

Los muchachos la obedecieron sin rechistar. La siguieron al interior de la cafetería, hasta una mesa en un rincón. Iluminada por una lámpara baja y flanqueada por sendos asientos largos tapizados, se les antojó el lugar más cálido y acogedor del mundo. Las tazas de chocolate aún humeaban. Junto a ellas había un enorme plato de picatostes. Y allí les esperaban, sonrientes, la abuela Elisa y Jorge.

—¡Acabo de llegar! —dijo este poniéndose en pie y estrechando la mano de Guillermo y Gemma— En el tren anterior.

—¡Hijos, por fin estáis aquí! —exclamó la abuela Elisa, mirándoles de arriba abajo— ¡Qué flacuchos! Con lo bien que yo os dejé.

Y los estrechó entre sus brazos mientras los besaba alternativamente. Todavía no habían dejado las maletas en el suelo. Guillermo, apresado por su abuela, levantó la cabeza para respirar y cruzó una breve mirada con Susana.

Ahora sí que aquel le parecía el lugar más maravilloso del mundo.

Charlaron durante un rato de cosas sin importancia, del colegio, de sus padres, del tiempo que estaba haciendo... Cuando terminaron el chocolate y los picatostes, a Gemma se le ocurrió una pregunta:

—Abuela, ¿cómo vamos a llevar las maletas hasta casa? Queda lejos.

—Las podemos llevar entre todos... —dijo Guillermo, sin mucha convicción.

—Quita, quita —dijo la abuela, saliendo de la cafetería a grandes zancadas. A Guillermo todavía le asombraban su agilidad y energía. Era la persona más animosa que conocía, siempre canturreando feliz en un idioma que solo se parecía de lejos al inglés, a pesar de estar sola en el mundo desde hacía años. Ojalá Gemma y él hubieran heredado aunque solo fuera una porción de estas cualidades—. Amadeo ya debe estar aquí.

Efectivamente, en cuanto asomaron por la puerta sonó un claxon. Una mano saludaba desde una furgoneta de reparto. De ella descendió el señor Amadeo, el cartero del pueblo.

—¿Qué tal, chicos? ¿Os han tratado bien en la ciudad? —dijo, estrechándoles la mano a todos.

Abrió las portezuelas traseras de la furgoneta y comenzó a cargar las maletas, con la ayuda de los muchachos.

—Yo me voy con Amadeo, que a mi edad estos fríos... —dijo la abuela Elisa cuando hubieron

terminado— A vosotros os doy permiso hasta la hora de cenar. Dad una vuelta por el pueblo, que está muy bonito.

La furgoneta arrancó y los cuatro chicos se quedaron mirando cómo se alejaba.

—Vuestra abuela es un poco alocada ¿no? —dijo Jorge— Es genial.

—¡Ja, ja! Solo porque habla sola y no para de cocinar aunque esté durmiendo.

—Venga, vamos a ver el pueblo antes de que nos congelemos aquí parados —dijo Susana.

Salieron de la estación y tomaron la calle hacia la plaza. Las casas estaban adornadas con sencillas luces navideñas. Las chimeneas humeaban. Un reconfortante olor a leña impregnaba el aire.

—Qué tranquilidad —observó Guillermo.

—La gente se recoge temprano en estas fechas —dijo Susana—. Se está más a gusto junto al fuego.

En la plaza había más animación. Unos puestos callejeros vendían figuritas para el belén, artículos de broma, abetos, almendras garrapiñadas y castañas asadas. En el centro habían plantado un gran abeto lleno de adornos y luces.

—¿Qué flores son esas que vende la señora? No las había visto nunca —preguntó Jorge, señalando el puesto más próximo. Eran parecidas a edelweiss, pero con

pétalos más grandes y carnosos. Un cartel decía “Flores de Invierno”.

—Son las únicas flores que crecen en esta época. Las traen de los Montes Interiores, del nacimiento del Helecho y el Saltogrís. ¿Sabéis que los dos ríos nacen del mismo manantial? Nadie lo diría, ¿verdad? Son tan diferentes... Las Flores de Invierno son difíciles de encontrar, por eso son tan caras —añadió Susana señalando la cifra escrita en el cartel.

—Vaya, sí que deben ser valiosas...

A través de un cristal del ayuntamiento se podía ver un precioso nacimiento, con un río que corría de verdad, castillos, casas con gente trabajando en diversos oficios, y montones de ovejas y camellos.

—El pueblo está muy bonito —afirmó Gemma.

—Muy bonito —coincidió Guillermo—. ¿Alguien quiere unas castañas asadas? Me apetece algo calentito.

Compró un cucurucho y repartió las castañas entre todos. Se guardó su parte en el bolsillo. Al instante sintió como un agradable calorcillo recorría su cuerpo y le producía escalofríos.

—Eh, al final el invierno no está tan mal —dijo mientras pelaba la primera.

Tan concentrados iban en su labor, que no se fijaron en una persona que les observaba desde un soportal oscuro. Llevaba el cuello del anorak muy subido, y una gorra le hacía sombra sobre el rostro. Aunque le

hubieran visto, ni siquiera Susana, su hermana, le habría reconocido.

—El invierno es más frío cuando estás lejos de casa — dijo Leo.

Y escupió en el suelo.

Capítulo 2

El primer rayo de sol destelló sobre Hopen, el monte sagrado. Se escuchó un gong, que resonó largamente por todo el valle.

–¡Boñigas de *huro*! –maldijo Tiäm, arrojando una piedra en dirección al monasterio, aunque se encontraba a varias *taalas* de distancia. Aún tenía los ojos medio cerrados. Todas las mañanas aquel gong le arrancaba de sus mejores sueños.

–¡Que se levanten los monjes! –y se dio la vuelta.

Pero era inútil. Su rebaño de *sveris* parecía conocer también la señal, y comenzaban a brincar alocadamente y a correr de aquí para allá sin control. Y para colmo Tiäm se había quedado sin su perro pastor. Su padre lo había perdido jugando al *kun-nak*. Claro, como él no tenía que correr tras los *sveris* para mantenerlos reunidos... Menos mal que todavía poseía su honda. Gracias a ella y a sus certeros disparos se ahorraba muchas carreras. No había nada como una pedrada en el suelo, delante del hocico de un *sveri*, para hacerle volver a toda prisa al rebaño. Y él era el mejor del pueblo con la honda. Era capaz de lanzar una segunda piedra cuando la primera aún no había llegado a su destino. Y con una puntería infalible.

Se incorporó, todavía de mal humor. Se subió a una piedra y orinó apuntando al lejano monasterio. Después se sentó, alargó la mano hacia el morral y sacó un trozo de queso y un pequeño cuchillo. Cortó un pedazo y se lo llevó a la boca.

—¿Qué tendrán que hacer los monjes a estas horas?

Muchas veces expresaba sus pensamientos en voz alta. Así no se sentía tan solo. Y si no lo hiciera ¡habría acabado balando como un sveri! Con el buen tiempo, pasaba largas temporadas en las montañas, sin más compañía que su rebaño. Había que buscar los mejores pastos en las alturas y en las gargantas por las que corrían los arroyos del deshielo.

Su padre tenía mucho trabajo curtiendo las pieles de los sveris. Con ellas fabricaba arreos, cinturones, sandalias, sillas de montar... La mayoría sencillas, para los robustos ponis montañoses de los campesinos. De vez en cuando alguna silla de guerra, con refuerzos y respaldo más alto para apoyarse al cargar contra el enemigo. Y vainas para espadas, y carcajes. Antes eran más frecuentes, pero últimamente las luchas entre clanes casi habían desaparecido. El rey Wö había conseguido

reunir las fuerzas suficientes para que ningún jefe de clan le disputase el puesto.

Aún así, solo fabricando artículos para la paz, ya estaba bastante ocupado. Así es que a Tiäm le tocaba hacerse cargo del rebaño, preocuparse de las nuevas crías, del ganado enfermo, pasar frío en invierno y calor en verano. Y mientras, su hermano mayor, Tzoun, perdiendo el tiempo bien a gusto en el convento.

Sí, se había hecho monje. Era un privilegio muy raro que aceptaran a un joven en el monasterio sagrado del monte Hopen. Se rumoreaba que su padre lo había conseguido en otra partida de kun-nak. Pero lo cierto es que Tiäm le había visto durante años trabajando en una pieza única, digna de un príncipe, que guardaba en la trastienda. Una coraza del cuero más fino y con placas de acero labrado, que desapareció apenas unos días antes de que llegara la misiva del monasterio.

—¿Y yo qué?

Y volvió a arrojar una piedra, esta vez contra el rebaño de sveris. Se apartaron a la carrera.

—¿Me voy a pasar la vida cuidando ganado? Ni siquiera me enseñan el oficio. Tzoun ya llevaba dos primaveras trabajando en el taller. ¡Pero claro, Tiäm es demasiado torpe! Mis manos son rudas.

Echo a perder las mejores piezas. ¿Cómo no van a ser rudas? Si lo único que hago es trepar por las piedras.

Pero en el fondo, él sabía la razón de que su padre le enviara a cuidar los sveris.

—Mi maldito mal humor.

Siempre que pasaba en casa más de una luna, acababa peleándose con él. Por una u otra razón. La última fue porque Tiäm se gastó su paga (antes de tenerla) en una punta del mejor acero para su jabalina. Su padre se enteró porque el herrero quiso canjear por ella una apuesta perdida. Y con el curtidor y el kun-nak no se jugaba. El hombre volvió a casa con el labio partido, y la pagó con Tiäm.

Pero Tiäm sabía defenderse.

Se levantó de un salto y echó mano de su jabalina. Fijó la mirada en el tronco retorcido de un espinoso y izum! la arrojó con todas sus fuerzas. La jabalina se incrustó en el mismo centro. Había practicado mucho desde entonces. Tampoco tenía nada mejor que hacer, y las manadas de lobos merodeaban a menudo por aquellas montañas. Necesitaba protegerse.

A veces escuchaba sus aullidos. Entonces empuñaba su jabalina y su honda, y patrullaba toda la noche alrededor del rebaño.

Aunque sabía que cuando más miedo debía tener era cuando no los escuchara.

Tiäm miró a su rebaño. Miró sus manos llenas de callos. Miró al cielo.

—iTanka, te maldigo! ¿Es que nunca va a cambiar mi suerte?

Fin del fragmento

¿Te has quedado con ganas de más?

relinks.me/8460837165

